



Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

biblioteconomía. Del griego βιβλίον (libro), θήκη (depósito, caja o armario) y νόμος (norma, ley). (ing: *library science*; fr. *bibliothéconomie*; al: *Bibliothekswissenschaft*; ital: *biblioteconomia*; port: *biblioteconomia*).

Disciplina que se ocupa de la tipología y del análisis de la biblioteca en cuanto sistema de conservación, organización, administración e información.

La palabra biblioteconomía es muy utilizada en España para referirse al trabajo de la biblioteca en tanto que sistema de organización y gestión de los documentos. Sin embargo, no es el único término utilizado en español, pues en la América hispana es más usual hablar de bibliotecología, vocablo acuñado por Ernesto G. Dietz en 1940 en su *Biblioteca y documentos bibliográficos*. Ha sido muy difundido por Domingo Buonocore en el sentido del conjunto de conocimientos y actividades relativos al libro y a la biblioteca. Buonocore considera que la biblioteconomía constituye tan sólo una parte de una disciplina de más largo alcance que es la bibliotecología. Los defensores del término bibliotecología señalan que éste refleja con más claridad la complejidad que ha alcanzado esta actividad en los tiempos contemporáneos, pues incluye todas las tareas que en la actualidad se desarrollan en el seno del mundo bibliotecario. En inglés, se han elaborado diversos términos siguiendo las pautas descriptivas de esta actividad. Los mencionaremos aquí por el carácter pionero de muchas de las investigaciones anglosajonas al respecto del tema en cuestión. En inglés se habla de *library science*, *library economy*, *library service*, *librarianship*, etc.

La biblioteconomía ha conocido un avance paralelo al mundo de las bibliotecas y al significado que la sociedad ha dado a estas. Es decir, se ha pasado de un sentido muy restringido del uso de la documentación a un uso casi completamente abierto a la población. En este proceso de apertura y de transformación en los usos de la información, la biblioteconomía y los bibliotecarios han tenido que ir adaptando su trabajo a los nuevos requerimientos sociales. De la misma forma, puede

Biblioteconomía

decirse que nuestras sociedades modernas y democráticas han apostado por un modelo de apertura, por lo que respecta a la consulta de la documentación, que ha obligado a las bibliotecas a idear nuevas formas de aproximarse al público y de facilitarle la información necesaria de la forma más rápida y eficiente posible. Es necesario, además, tener en consideración otro elemento en este proceso de cambio desde la biblioteconomía tradicional a la actual. En el pasado, la mayoría de los materiales con los que trabajaban los bibliotecarios eran físicos, es decir, libros y manuscritos. En la actualidad esto ha cambiado enormemente por la revolución informática. Por un lado, ha facilitado mucho las posibilidades de búsqueda y de información; por otro, al incrementarse el radio de acción de la búsqueda bibliográfica, el bibliotecario ha tenido que desarrollar, con ayuda de los informáticos, nuevos motores de búsqueda, más potentes, que fueran capaces de sustituir a los viejos sistemas de localización de libros y manuscritos. La biblioteconomía se ha convertido en una especialidad muy técnica y compleja.

En su evolución histórica, la biblioteconomía conoció una primera etapa que duró muchos siglos y que se basó en el concepto de conservación. Se trata de un concepto que también podemos encontrar en el mundo de la museística y que gira alrededor de la protección, salvaguardia y conservación de aquellos objetos que se consideraban únicos y especiales tanto por su procedencia como por su calidad. En líneas generales, se primaba el manuscrito o el libro único y especial, por su autoría, su carácter religioso, su valor económico y suntuario o por su pertenencia a personas de relevancia. Las bibliotecas del mundo antiguo eran un claro ejemplo de esto, pues muy pocas personas tenían acceso a sus fondos. Durante la Edad Media, el concepto de la biblioteca como lugar de conservación quedó reforzado incluso físicamente, pues la mayoría de ellas permanecieron a cargo de la Iglesia y guarecidas en edificios religiosos como catedrales, monasterios, abadías, iglesias y conventos. Los monjes medievales tuvieron como tarea la transcripción de los manuscritos ya conocidos para evitar su pérdida. De este modo, podemos decir que las primeras funciones de los bibliotecarios fueron precisamente la conservación de estos ejemplares de la antigüedad y su

reproducción para evitar su destrucción, junto a un sentido muy restrictivo acerca del uso que era posible dar a estos objetos. En el Renacimiento se observa un cambio significativo acerca de la biblioteca y, por consiguiente, de las labores del bibliotecario. La invención de la imprenta, por otra parte, revolucionó el mundo bibliotecario al incrementarse el número de ejemplares a cargo del bibliotecario y, por tanto, la posibilidad de acceso a los libros de un número mayor de personas.

Desde muy temprana época se reflexionó acerca de la mejor forma de organizar, gestionar y conservar la información contenida en las bibliotecas. Ya en la antigua ciudad de Ebla (3000-2000 a.C.) se estableció un sistema de localización de los documentos a través del grabado de signos en el lomo de las tablas. En Grecia contamos con el *Pinakés*, de Calímaco de Cirene, que consiste en un inventario de la producción intelectual del momento, catalogada y clasificada por materias. Por su parte, Galeno de Pérgamo escribió *De Libris propriis liber* y *De ordine librorum suorum liber*, que son textos en los que este gran médico recopiló sus propias obras. Posteriormente, en época romana se desarrollaron nuevos sistemas de organización y conservación. Roma mostró un interés grande por el papel de la biblioteca y del significado de la cultura en aquellos reinos que incorporó a su territorio. Prueba de ello es que el emperador Tiberio creara el cargo de *procurator bibliothecarum*. Varrón escribió un tratado sobre la organización de las bibliotecas titulado *De bibliothecis*, mientras que Vitrubio se mostró interesado en el espacio físico en el que albergar los documentos en uno de los capítulos de su libro *De architectura*.

De la Edad Media destacan las *Etimologías* de San Isidoro que, con su carácter enciclopédico, proporcionó instrumentos de descripción para la organización de los saberes (en particular en el libro cuarto en el que habla de “De librariis et eorum instrumentis”). También debe mencionarse la *Instructio Officialium*, de Humberto de Tomanos que, en su capítulo dedicado al libro, “Librarius”, comenta las formas de organización de los libros. Igualmente, Richard de Fournival quien, en su *Biblionomía*, estableció una serie de reglas organización de las colecciones. Finalmente, tenemos a Richard de Bury, autor de *Philobiblon*, obra que se ocupa del significado del libro y de los cuidados

Biblioteconomía

que debe darse a éste, tanto en la biblioteca personal como en la religiosa o civil.

Como se ha dicho anteriormente, a partir del Renacimiento cambió el sentido de la biblioteca y, por tanto, el de la biblioteconomía. En esta época nacieron las grandes bibliotecas, también llamadas bibliotecas enciclopédicas, como la biblioteca del Monasterio de El Escorial, la Biblioteca Ambrosiana (Milán), la Biblioteca Marciana (Venecia), la Laurentiana (Florencia), la Mazarina (París), etc. Como consecuencia de ello, la biblioteconomía empezó a crear catálogos que recogieran esa pluralidad de saberes, como el catálogo de la Bodleian Library (Oxford) o el catálogo de Hernando Colón, hijo segundo del descubridor de América, gran aficionado al mundo de la cultura y creador de una gran biblioteca que formó entre 1509 y 1539 recorriendo toda Europa en busca de manuscritos y libros. La biblioteca de Hernando Colón se conoce en la actualidad como la Biblioteca Colombina y está en la Catedral de Sevilla. Llegó a tener 15.000 ejemplares, aunque en la actualidad sólo se conserva una quinta parte. Uno de los catálogos más importantes de este periodo es el de Conrad Gessner, quien en su *Bibliotheca Universalis* (1545) quiso hacer una recopilación de todos los escritores que habían vivido hasta el momento. La segunda parte de la *Bibliotheca Universalis*, titulada *Pandectarium sive partitionum universalium Conradi Gesneri Ligurini libri XXI*, apareció en 1548. Los especialistas consideran que estos trabajos de Gessner fueron el primer sistema de clasificación catalográfica. Gessner diseñó una clasificación dividiendo los saberes en 21 clases, subdivididos a su vez en secciones y subsecciones. Por otra parte, hay que mencionar también los primeros catálogos puramente comerciales que fueron los creados para la feria de libros de Frankfurt.

Otro de los teóricos de la época fue Gabriel Naudé, autor del *Advis pour dresser une bibliothèque* (1627). Naudé fue bibliotecario de Mazarino. Su *Advis* es considerado el origen de la moderna biblioteconomía ya que el autor se ocupa de las cuestiones que años después han constituido el centro de las preocupaciones de los bibliotecarios, como los donativos, la ubicación de la biblioteca, la

colocación de los libros, las formalidades de acceso y condiciones de uso de los libros, los servicios que debe prestar una biblioteca, las funciones que debe desempeñar el bibliotecario, etc. Naudé fue el primero en utilizar la palabra “biblioteconomía”, en su obra *Bibliographie politique*. En 1644 se publicó una nueva edición del *Advis*, corregida y aumentada por Louys Jacob que incluía además un *Traicte des plus belles bibliothèques publiques et particulières qui ont esté et qui sont a present dans le monde*.

A partir del siglo XIX puede empezar a hablarse de biblioteconomía científica. Este tránsito está personificado en Domenico Rossetti, autor de *Saggio di Bibliotattica e Regole de procedura bibliotattica*, obra en la que concibe la biblioteconomía como la ciencia de la organización de los objetos gráficos, considerándola una parte de la bibliología. El término “biblioteconomía” creado por Naudé no se convertirá en un vocablo de uso común hasta el siglo XIX, cuando Léopold-Auguste Hesse publique en 1839 su *Bibliothéconomie: instructions sur l'arrangement, la conservation et l'administration des bibliothèques*. En esta obra se insiste en los conocimientos técnicos que implica el trabajo bibliotecario y se establece una diferencia entre la bibliografía y la biblioteconomía. Por otra parte, y junto a Hesse, habría que citar a Martin Schrettinger, bibliotecario a quien debemos la consolidación de la disciplina como materia científica. Schrettinger acuñó el término *Bibliothekswissenschaft* y escribió diversas obras como *Versuch eines vollständigen Lehrbuches der Bibliothek-Wissenschaft oder Anleitung zur vollkommenen Geschäftsführung eines Bibliothekärs* (en tres volúmenes) y *Handbuch der Bibliothek-Wissenschaft*, que constituyen obras básicas en la moderna biblioteconomía.

En los inicios de la modernidad, las nuevas reflexiones sobre el papel del libro como elemento de formación de una ciudadanía crítica y concienciada condujeron a que se contemplara el trabajo del bibliotecario como una tarea que debía proyectarse de forma clara en la sociedad. Es ahí donde tienen su sentido los planteamientos de los autores mencionados en el párrafo anterior. La transformación acontecida en el mundo de las bibliotecas a partir de la construcción de los estados liberales es buen reflejo de estas tendencias. El concepto de biblioteca pública aparece, por tanto, como la materialización de las

Biblioteconomía

mismas. La biblioteconomía se volcaría, a partir de este momento, a un proceso de profesionalización creciente que se reflejaría en la formación de las primeras asociaciones de bibliotecarios. Estas asociaciones tuvieron su origen en los Estados Unidos. La primera de ellas, la American Library Association (A.L.A.), nació en Filadelfia en 1876. En 1927 se creó en Edimburgo la International Federation of Library (I.F.L.A.), que actualmente es la asociación más importante del mundo bibliotecario. La profesionalización alcanzó también a los estudios sobre la materia. La primera escuela de bibliotecarios fue la Columbia School of Library Economy (1887). A partir de ese momento, se han venido desarrollando planes de estudio que se imparten en universidades de todo el mundo. En España la sociedad más importante es la ANABAD, la Federación Española de Asociaciones de Archiveros, Bibliotecarios, Arqueólogos, Museólogos y Documentalistas.

Los estudios sobre la disciplina alcanzaron en el siglo XX un gran avance gracias al trabajo de S. R. Ranganathan, quien en su *The Five Laws of Library Science*, publicado en 1931, estableció sus cinco leyes de la biblioteconomía y diseñó un novedoso sistema de clasificación. Igualmente significativo fue el trabajo de Lee Pierce Butler en su libro *An Introduction to Library Science* (1933), quien incluyó el análisis cuantitativo en el trabajo bibliográfico. A lo largo del siglo XX, con la gran expansión de las bibliotecas, se planteó en el mundo de la biblioteconomía una interesante reflexión derivada de su especialización y creciente complejización, de tal forma que se llegó a hablar de biblioteconomía tradicional y biblioteconomía especializada. En este debate se unieron las visiones tradicionales acerca de la biblioteca como lugar de conservación y clasificación de los materiales con las necesidades de la sociedad contemporánea, con usuarios cada vez más demandantes de información sobre temas específicos para usos más concretos. El debate se vio animado con las aportaciones de Paul Otlet, quien consideraba necesario separar la biblioteconomía de la documentación, que sería una ciencia instrumental con un objetivo focalizado en el estudio de un tema desde diversas perspectivas. Es decir, la documentación constituiría una derivación de la extensión del servicio de referencias mediante la cual el bibliotecario es capaz de

buscar y organizar documentación de todo tipo sobre una cuestión específica en un tiempo relativamente breve. Paul Otlet consideraba que la moderna sociedad debía facilitar el acceso a la información a cada vez más personas y pese a que murió en 1944, llegó a intuir lo que sería la web al señalar que el futuro de la biblioteca debería pasar por la creación de una gran red de conocimientos compartidos a la que se pudiera acceder desde distintos puntos. Otlet es considerado el padre de la documentación. Sus libros principales son *Traité de documentation* (1934) y *Monde: Essai d'universalisme* (1935). De este modo, lo que había nacido como una misma disciplina, se fue dividiendo en dos: biblioteconomía y documentación. Mientras que la primera (la biblioteconomía) se fue ocupando de la demanda creciente de bibliotecas en un mundo en el que la educación se ha ido extendiendo cada vez más, la segunda (la documentación) fue focalizándose en el trabajo con las bibliografías, especializándose en la búsqueda de información. En la actualidad, aunque las dos disciplinas se enseñan en los mismos centros constituyen dos especialidades distintas.

Contemporáneamente, la biblioteca se concibe como un sistema de información y comunicación en el que el bibliotecario ejerce el papel de intermediario entre la información y la sociedad. Cada vez con más frecuencia, y ante una potencial consulta, el procedimiento del bibliotecario pasa por lo que se denomina la entrevista de referencia para conocer las necesidades del usuario y poderle orientar. Posteriormente, el bibliotecario procede a la búsqueda en diversos tesauros, índices de citación, novedades bibliográficas y bases de datos virtuales propias o de otros centros de documentación. En este sentido hay que señalar que la revolución tecnológica ha modificado hasta tal punto el trabajo en la biblioteca que se han transformado los instrumentos con los que desempeña su labor el bibliotecario, las formas de acceso a la información, los soportes de esa información contenida en las bibliotecas, etc. Más que antes, la biblioteconomía es una ciencia de la gestión de la información que es dispuesta al público de múltiples maneras. Efectivamente, ya no estamos ante la biblioteca como un lugar físico sino cada vez más ante un espacio virtual al que podemos acceder desde cualquier punto con conexión a internet. Uno de los elementos ya mencionados, y más significativos, en la transformación de la biblioteconomía ha sido la pluralidad de soportes. En la actualidad el bibliotecario trabaja con publicaciones en línea, con material

Biblioteconomía

filmado, cintas de audio, discos compactos, DVDs, etc. El formato electrónico ha permitido un desarrollo extraordinario a la biblioteconomía especializada y a la documentación. La adaptación de los catálogos tradicionales en forma de fichas o tarjetas ha dado paso a catálogos electrónicos como el OPAC (Online Public Access Catalog). Además, también se han producido importantes cambios en el viejo concepto de colección con la aparición de las bases de datos electrónicas, que pueden ser consultadas desde cualquier parte, suelen tener gran velocidad y flexibilidad para la búsqueda de información.

Esta nueva forma de organizar el trabajo ha conducido a que se hable de una biblioteconomía teórica y una biblioteconomía aplicada. Por biblioteconomía teórica se estaría haciendo referencia a la teoría de la información y su gestión, las formas de interpretación del conocimiento, etc. Por biblioteconomía aplicada se alude al trabajo cotidiano del bibliotecario en cuestiones como la adquisición, la catalogación, el préstamo al usuario, la conservación, la cooperación y préstamo entre bibliotecas, etc. Ello ha llevado al desarrollo de otras disciplinas afines como son la bibliometría (que aplica métodos matemáticos y estadísticos a la literatura de carácter científico y a sus autores para estudiar y analizar la actividad científica, por ejemplo) y la informetría (entendida como la aplicación de métodos matemáticos, en especial algoritmos de búsqueda, al potencial de información contenido en una biblioteca o centro de documentación, con la finalidad de describir y analizar su capacidad para comunicar la información y su funcionamiento interno). El desarrollo de estas ciencias auxiliares ha tenido una gran repercusión en la evaluación y medición de la actividad científica de los investigadores, pues como producto de la bibliometría se han desarrollado los índices de citas (*citation index*) o el factor de impacto (*impact factor*), es decir, el número de veces que un trabajo científico es citado por otros investigadores.

Una de las facetas principales del trabajo del bibliotecario es la catalogación. Para ello, a lo largo de su historia la disciplina ha desarrollado diversos sistemas de clasificación para ajustarse a la pluralidad de saberes humanos. Hasta la revolución tecnológica contemporánea, los sistemas de clasificación tuvieron en cuenta la

necesidad de organización de los materiales contenidos físicamente en las bibliotecas. Hay muchos sistemas de clasificación. Tal vez uno de los más empleados y conocidos sea la Clasificación Decimal Universal. Su origen está en el trabajo de Melvil Dewey, bibliotecario del Amherst College (Massachusetts, Estados Unidos) que ideó en 1876 el Sistema Dewey de Clasificación (conocido por las siglas CDD). El sistema de Dewey fue parcialmente modificado por el citado Paul Otlet y su colaborador Henri La Fontaine, ofreciendo su propuesta entre los años 1904 y 1907 con el nombre de Clasificación Decimal Universal (CDU). Aunque ha sido revisado en ocasiones posteriores (la última en el año 2004), el sistema ha mostrado su gran flexibilidad y potencialidad para la organización, clasificación y ordenación de los fondos bibliográficos. Consiste en la ordenación del conocimiento a través de dígitos. A cada rama principal del conocimiento se le asigna un dígito del 0 al 9 y a cada nivel y subnivel se la añade otro dígito. De esta forma, se crean subdivisiones que van precisando cada vez más la materia objetivo de clasificación. La clasificación de partida es la siguiente: 0 (generalidades, información, documentación, enciclopedias, biblioteconomía, instituciones, documentos y publicaciones); 1 (filosofía, psicología); 2 (religión, teología); 3 (ciencias sociales, estadística, política, economía, comercio, derecho, gobierno, asuntos sociales, asuntos militares, bienestar social seguros, educación, folclore); 4 (lingüística, filología); 5 (matemáticas, ciencias naturales); 6 (ciencias aplicadas, medicina, tecnología); 7 (bellas artes, juegos, espectáculos, deportes); 8 (lenguaje, lingüística, literatura); 9 (geografía, biografías, historia).

Las diferencias entre la CCD (Sistema Dewey) y la CDU (Clasificación Decimal Universal) estriban en que la segunda es más compleja y detallada, mientras que la primera establece una clasificación general en grandes temas. La CCD es, por tanto, más fácil de usar, pero menos precisa. La CDU es utilizada sobre todo en la Europa continental, donde está muy generalizada. La CCD es más común en los países anglosajones. Para bibliotecas especializadas (bibliotecas universitarias o de centros de documentación) estas clasificaciones resultan insuficientes. Otro sistema de clasificación muy conocido es la Clasificación de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos (LCC, Library of Congress Classification), que fue ideado por Herbert Putnam con la ayuda de Charles Ammi Cutter en 1897. A diferencia de otros

Biblioteconomía

sistemas, la LCC no pretende recoger el conocimiento universal y catalogarlo, sino que describe únicamente los materiales que se contienen en la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Aparte de los mencionados, otros sistemas son BLISS (creado por el bibliotecario estadounidense Henry Bliss) o la clasificación facetada del citado Ranganathan.

Las modernas tecnologías han transformado también la elaboración de las viejas fichas catalográficas. Estas fichas son tarjetas que contienen toda la información acerca del libro o de otros materiales (periódicos, manuscritos, mapas, etc.). Cada ficha incluye una serie de descriptores que permiten al usuario o el bibliotecario orientarse en la búsqueda de otros materiales sobre el mismo tema o temas similares a través de los ficheros que permiten hacer referencias cruzadas. Con el desarrollo de la informática aplicada a la biblioteconomía, se ha revolucionado la labor catalográfica porque ya no existen limitaciones en la asignación de descriptores, lo que facilita mucho la búsqueda. De esta forma, la última gran función técnica de la biblioteconomía, la indización (junto a la catalogación y la clasificación), ha podido desarrollarse de forma mucho más efectiva, facilitando la labor de bibliotecarios, documentalistas y usuarios.

En España, la biblioteconomía siguió un proceso relativamente similar al de los países de nuestro entorno europeo. En 1856 se creó la Escuela Superior de Diplomática, que otorgaba el título de “archivero, bibliotecario y arqueólogo”. Fue suprimida en 1900 y sus enseñanzas se transfirieron a las facultades de Filosofía y Letras, de tal modo que para aspirar a trabajar en el sector, se requerían estos estudios. El antecedente directo de los actuales centros de estudios se halla en la propuesta de Eugenio d’Ors quien en 1915 reclamó la creación de una escuela para la formación de bibliotecarios. La Mancomunidad Catalana aprobó la creación de dicha escuela el 26 de marzo de 1915 y la escuela pasó a depender de la Diputación de Barcelona. En ella sólo estudiaban mujeres. La feminización del oficio de bibliotecario ha sido una tendencia muy marcada en el diseño de los estudios de biblioteconomía durante mucho tiempo. La escuela pasó a denominarse Escuela Superior

de Bibliotecarias en 1939 y Escuela de Bibliología en 1973. En 1981 pasó a depender de la Universidad Central de Barcelona con el nombre de Escuela de Biblioteconomía y Documentación. En otras zonas de España también se crearon centros similares, como la Escuela de Bibliotecarias de la Universidad de Navarra (1952) o la Escuela de Formación Técnica de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (Madrid). La escuela madrileña pasó a denominarse en 1968 Escuela de Documentalistas, ubicada en la Biblioteca Nacional. En ella se impartían cursos que no tenían reconocimiento académico específico, pero que otorgaban dos tipos de diplomas: los de ayudante de documentalista y documentalista. Por real decreto de 6 de marzo de 1981 la Escuela adoptó la denominación de Centro de Estudios Bibliográficos y Documentarios (CEBID), que desapareció al crearse las contemporáneas escuelas de biblioteconomía y documentación adscritas a las universidades.

Por otra parte, los estudios teóricos sobre biblioteconomía en España se vieron muy influidos por las reflexiones internacionales sobre la disciplina. A este respecto, habría que destacar el II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía celebrado en Madrid y Barcelona en el año 1935, en el que se pusieron a debate las distintas interpretaciones sobre la tarea del bibliotecario y se intercambiaron experiencias acerca del trabajo práctico con los usuarios. El discurso de apertura corrió a cargo de Ortega y Gasset, muy influido en sus ideas sobre el libro y la biblioteca por Javier Lasso de la Vega, quien fue uno de los pilares de la moderna biblioteconomía en España e introductor de la documentación como disciplina específica. Lasso de la Vega se propuso reconfigurar la identidad del bibliotecario, otorgándole un papel clave tanto en el proceso de aprendizaje como en el de investigación. Asimismo, fue un gran animador de la creación de bibliotecas especializadas en hospitales, cuarteles, escuelas, empresas, etc. Otros teóricos significativos de la biblioteconomía española son Luis García Ejarque (impulsor de la red de bibliotecas para la lectura pública en España y fundamental gestor en el sistema bibliotecario español), Felipe Mateu y Llopis (que trabajó en la Biblioteca Central de Barcelona y en la red de bibliotecas populares de la Diputación de Barcelona, entre otros numerosos destinos), etc. Entre los debates más importantes que mantienen en la actualidad los teóricos españoles se halla el que gira alrededor del carácter científico de la biblioteconomía y el conceptual,

Biblioteconomía

tratando de dilucidar cuál es la denominación más apropiada para una disciplina en continua transformación de la mano de las tecnologías y de los cambios sociales.

El mismo tipo de controversias se pueden encontrar en la biblioteconomía hispanoamericana, en la que priman dos tipos de influencias. Por una parte, la europea, de la mano del argentino Domingo Buonocore, partidario del uso del término “biblioteconomía”, que define como el “conjunto sistemático de conocimientos relativos al libro y la biblioteca”. Por otra, la anglosajona, personificada en Berta Enciso, para quien es evidente la evolución del trabajo del bibliotecario hacia el manejo, la gestión y la búsqueda de información, frente a las tareas más tradicionales.

BIBLIOGRAFÍA

Buonocore, Domingo, *Elementos de Bibliotecología*, Santa Fe, Castelvi, 1952;

Buonocore, Domingo, *Diccionario de Bibliotecología*, Buenos Aires, Maryman, 1976;

Carrión Gútiérrez, Manuel, *Manual de bibliotecas*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1987;

Currás, Emilia, *Las ciencias de la documentación: Bibliotecología, Archivología, Documentación e Información*, Barcelona, Mitre, 1982;

Enciso, Berta, *La biblioteca: bibliosistemática e información*, México, El Colegio de México, 1983;

Escolar Sobrino, Hipólito, *Historia de las bibliotecas*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1985;

García Ejarque, Luis, *La formación del bibliotecario en España: de la paleografía y la bibliografía a la biblioteconomía y la documentación*, Madrid, ANABAD, 1993;

Raquel Sánchez García

- Historia de la lectura pública en España*, Gijón, Trea, 2000;
- Herrera Morillas, José Luis y Pérez Pulido, Margarita, *Teoría y nuevos escenarios de la biblioteconomía*, Buenos Aires, Alfagrama, 2006;
- Introducción a la biblioteconomía: manual del alumno universitario*, Badajoz, Abecedario, 2006;
- Lasso de la Vega Jiménez-Placer, Javier, *La biblioteca y el niño*, Madrid, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938;
- Lasso de la Vega Jiménez-Placer, Javier, *Manual de biblioteconomía: organización técnica y científica de las bibliotecas*, Madrid, Mayfé, 1952;
- López Yebes, José, *Teoría de la documentación*, Pamplona, EUNSA, 1978;
- López Yebes, José (coord.), *Manual de ciencias de la documentación*, Madrid, Pirámide, 2006;
- López Yepes, José (ed.), *Diccionario Enciclopédico de Ciencias de la Documentación*, Madrid, Síntesis, 2004, 2 vols.;
- Orera Orera, Luis, *Manual de biblioteconomía*, Madrid, Síntesis, 1996;
- Otlet, Paul, *El tratado de documentación: el libro sobre el libro: teoría y práctica*, Murcia, Universidad de Murcia, 2007;
- San Segundo, Rosa, *Sistemas de organización del conocimiento*, Madrid, Universidad Carlos III, 1996.

Raquel SÁNCHEZ GARCÍA

Universidad Complutense. Madrid